

y le tocó el turno á Abdón. «Este tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que cabalgaban sobre setenta asnos, y gobernó á Israel ocho años.» Estos interesantes detalles sobre los hijos, las hijas, los nietos y los borriquillos en que unos y otros montaban, es cosa que me tiene encantado: y, aparte otras de menos bulto, me persuade á que sólo el Espíritu Santo ha podido inspirar al desconocido autor que lo escribiera.

Y aunque parezca mentira, estamos ya en el capítulo XIII, donde se cuenta la milagrosa concepción del perínclito Sansón. Porque es de saber que éste, como casi todos los grandes hombres de Israel, nació de una mujer estéril, á quien un angel, en figura de *varón*, anunció que concebiría, y á su debido tiempo pariría un hijo llamado á librar su patria del yugo de los *filisteos*, que por más de cuarenta años venían haciendo de Israel mangas y capirotos. Ha de decirse, en honor de esta noble dama israelita, que no tuvo oculto un solo instante su trato con el varón de Dios á su marido, y en el de éste, de nombre Manoa, que no se permitió dudar de la virtud de su mujer. Antes al contrario, á la segunda presentación del varón de Dios, la mujer avisa á Manoa, y entre marido, mujer y el angel pasa un agradable coloquio, que termina con el consabido cabrito que Manoa ofrece al angel, el cual, por supuesto, no cata bocado, y se vuelve al cielo envuelto en la llama en que se quemó el cornupetillo.

El nacido de esta extraordinaria manera fué Sansón, famoso por su fuerza, no diré de toro, que fuera poco decir, ni siquiera de elefante ó hipopótamo, sino de llave inglesa, gato, cric, cabrestante, torno, ó alguna máquina por el estilo. Cuya fuerza ¡cosa rara!, estaba como vinculada á su larga y espesa cabellera, en que jamás había hecho mella navaja ni tijera, pues desde el vientre de su madre fué consagrado á Jehová,

bajo el rito de los nazareos, que es sabido jamás tocaron sus greñas: moda totalmente opuesta á la de nuestros frailes, para quienes la virtud consiste en llevar rapada la cabeza á punta de navaja.

Todas las hazañas de Sansón están íntimamente ligadas á un defecto terrible, capaz de obscurecer las más preclaras virtudes. Este defecto, dicho sea en honor suyo, es el que ha obscurecido la fama de los más grandes varones, así de esta historia sagrada como de la profana. En plata: que á Sansón le gustaban mucho las mujeres, pero mucho; casi tanto como á David, á Salomón, á Julio César, al papa Alejandro y á mi humildísima persona. Cuantas veía, otras tantas se le antojaban, ya fueran nacionales, ya extranjeras.

Habiendo visto en Timnath una arrogante moza filistea, se enamoró de ella como un cadete que era, pues ésta es su primer aventura. Poca ducho aún en estos asuntos, volvió á sus respetables papás, rogándoles encarecidamente que le tomasen por mujer la filistea que le traía revuelto el seso. En vano Manoa y su señora, que habiendo hablado con un angel de Dios debían tener elocuencia persuasiva, mostraron á Sansón la conveniencia de que se casara con una israelita. No hubo medio de convencer al nazareo, porque andaban por medio los altos designios de Jehová.

Padre, madre é hijo se encaminan á Timnath á por la filistea, y en este viaje se mostró por vez primera la fuerza de Sansón, pues como viniera hacia él en un viñado un cachorro de león, le despedazó con solas sus manos, como si el cachorro fuera de alfeñique. Oculta Sansón esta hazaña á sus padres, piden éstos la moza, se la conceden, y cuando á los pocos días vuelven todos á Timnath para tomar Sansón á su mujer, he aquí ¡oh milagro!, ve el forzado que en el

cuerpo del leoncillo muerto había un enjambre de abejas y un panal de miel, con que se regaló y obsequió á sus padres, sin decir tampoco una palabra del león; silencio formidable en que debe haber un intríngulis inaccesible á mi librepensadora inteligencia.

Sansón se casa, y, como es natural, obsequia á sus compañeros y amigos con espléndido banquete, que dura siete días. En este banquete, el forzudo y jamás tonsurado israelita propone á los filisteos un enigma, ofreciendo á los que le descifrasen treinta sábanas y treinta mudas de vestidos, y quedando obligados, si no lo acertaban á pagarle en la misma moneda.

Cerrado el trato, viene el enigma, que tiene tres pares y medio de bemoles. *Del comedor salió comida y del fuerte salió dulzura.* En tres días de rascarse la frente y el colodrillo y las orejas, no acertaron qué pudiera ésto ser los sandios de los filisteos. Pero como al poco talento suele siempre ir unida la mala intención, los torpes descifradores del enrevesado enigma, discurren que amenazando á la mujer podrían sorprender el secreto del marido y ahorrarse las treinta sábanas y las treinta mudas de ropas. La amenazan y persuaden, pues, á su paisana á que arranque á Sansón la solución. Lloro la niña, le hace mil caricias y arrumacos, le dice que no la quiere, emplea, en fin, las mil artes que las mujeres tienen siempre á su disposición para salir con lo que se proponen, y Sansón se rinde. ¡Pobre hombre! El que había despedazado un león, no sabe resistir las lágrimas de una niña! Así somos todos, señores, no hay por qué tomárselo á Sansón á mala cuenta. ¡Ea! Yo, al menos, por mi parte, le perdono que declare á su esposa el enigma; lo que no perdono á esta pícara filisteá, es que á su vez se lo diga á los mozancones apostadores, los cuales salieron por tan mala arte de su mal paso,

Si bueno hasta ser un bragazas, no tenía un pelo de tonto Sansón, pues cuando los de Timnath, llegado el séptimo día, responden á su enigma: «¿Qué cosa hay más dulce que la miel? ¿Y qué cosa más fuerte que el león?» exclama lleno de furor: —Si no aráseis con mi novilla, nunca hubiérais descubierto mi enigma. En lo que le sobraba razón; pues ni el diablo en persona que á descifrarle se pusiera hubiese podido dar con semejante patochada, que así se parece al enigma de la esfinge de Tébas, que resolvió Edipo, como se parece un huevo á una castaña, con perdón sea dicho de esos señores literatos que se quedan atónitos y embobados con las bellezas imponderables de la *Biblia*.

Quedaban por dar las treinta sábanas y las treinta mudas; pero como Sansón se conoce que tenía poco repuesto de ropa blanca, se enciende en furor, cae sobre la ciudad de Ascalon, mata los treinta primeros escalonitas que le depara la divina Providencia, les quita cuanto encima llevaban, y paga su deuda del enigma: que siempre los platos rotos los pagó el que menos culpa tuvo. Hecho lo cual se enfurruño con su mujer, y vuelve á casa de sus padres. La buena señora Sansón fué dada—dice el texto—á un compañero de su marido, con quien será bueno dejarla refocilar hasta que al forzudo se le antoje hacer con ella una barrabasada.

No tardó mucho, por cierto. En tiempo de la siega, contraviniendo aquel refrán de *en Julio y Agosto ni Venus ni mosto*, á Sansón se le antojó visitar á su mujer, y para desenojarla la llevó de regalo un cabrito. Mas el papá de la filisteá, prudentísimo varón, aunque un poco ligero en sus determinaciones, se cruzó en el camino de la cámara donde Sansón pretendía entrar, y le dijo: «No hay por qué incomodarse, yerno mío; pero imaginando que aborrecías á tu mujer por la trastada que te jugó del enigma, la

he dado á tu compañero: Mas ahí tengo de re-
puesto á una hermanita suya, más joven y lin-
da, tómala si gustas.» Lenguaje naturalista que
verdaderamente es digno de admiración, alaban-
za é imitación.

Empero Sansón rechazó el cambio, se puso
furioso, y vomitando amenazas, se fué jurán-
dola á los filisteos. Su ira le inspiró una travesu-
ra endemoniada, aunque poco original; pues lo
menos conozco media docena de fazañas por el
estilo de la que él hizo, que fué coger trescientas
zorras, atarlas por las colas emparejadas, y pon-
erlas en las mismas teas ardiendo, lanzándolas
después en los sembrados y eras de los filisteos,
cuyas mieses, hacinas, viñas y olivares, ardie-
ron que fué una bendición de Dios.

Pusiéronse con el desastre los filisteos hechos
unos basiliscos, y averiguado que hubieron que
todo aquel daño se les había venido encima por-
que el suegro de Sansón le había trasconejado á
éste la mujer, no pararon hasta cocer al padre y
y á la hija á fuego lento.

Después de esta y otras hazañas, Sansón se
hizo troglodita, quiero decir, que se fué á vivir
probablemente á costa del prójimo, en la cueva
de la peña de Etan. Allí acudieron tres mil des-
dichados israelitas á reprenderle que se hubiera
permitido tales excesos con sus dominadores, y
suplicarle que se dejase prender, pues le recla-
maban los filisteos, cuyas órdenes precisaba
cumplir. Estos tres mil hombres no debían ser
de la casta de los trescientos que con Gedeón
desbarataron á los ammonitas, sino madera de
cucharas; porque imagino que si fueran hom-
bres, en vez de emplear sus bríos en prender á
Sansón, algo mejor obraran batiéndose contra
sus opresores.

En resumen: que bajo palabra de que no le
matarían, Sansón se entregó á sus paisanos, que
después de atarle fuerte y sólidamente con dos

cuerdas nuevas, le llevaron á Lehi y le entrega-
ron á los filisteos. Estos que le tuvieron en sus
garras, ya se derretían de gozo imaginando los
suplicios que le harían pasar antes de matarle,
cuando hete aquí que *el espíritu de Jehová cayó
sobre él (Sansón) y las cuerdas que estaban en
sus brazos se tornaron como linó quemado con
fuego, y las ataduras cayeron de su manos.*

*Y hallando á mano una quijada de asno,
fresca aún, extendió la mano, y tomóla, é hirió
á mil hombres.*

*Entonces Sansón dijo: con la quijada de un
asno un montón, dos montones; con la quijada
de un asno herí mil hombres.*

*Y teniendo gran sed, clamó luego á Jehová, y
dijo: Tú has dado esta gran salud (no hay duda
que para los mil difuntos fué grande la salud)
por mano de tu siervo; ¿y moriré yo ahora de
sed, y caeré en manos de los incircuncisos?*

*Entonces quebró Dios una muela que estaba
en la quijada y salieron de allí aguas, y bebió
y recobró su espíritu, y reanimóse.*

Al que quiera comentar, que comente, que
tela larga se le ofrece en el texto subrayado. Yo
me contento con reirme de todos los cañones
Krup, habidos y por haber. Está visto. Lo que
hace falta para matar hombres no son cañones
rayados, ni pólvora de algodón, ni proyectiles
huecos, ni tantas zarandajas como se devan an
los sesos por inventar los señores artilleros. Lo
que hace falta es la gracia de Dios, ó el espí-
ritu de Jehová, y lo demás es cuento. Sin este espí-
ritu, el mejor cañón revienta ó no da en el blan-
co: con él, una simple quijada de burro, por un
buen brazo manejada, aplasta mil hombres como
si fueran mil hormigas. Este espíritu era el que
precisaba tener propicio, aunque fuera pagándo-
le á peso de oro; pues por mucho que costara,
sospecho yo que no subiría una buena ración de
de él á los cientos de millones que nos cuestan

nuestras artillerías de batalla, sitio, costas y buques. Lo demás es andarse por las ramas de la impiedad, que bien se ve, va dando paulatinamente el dominio del mundo á los herejes y excomulgados.

*
* *

Ya era juez Sansón, mediante sus esclarecidos hechos, cuando se le ocurrió hacer una escurribanda por la ciudad de Gaza, y entró en casa de una mujer mal famosa; digámoslo así, no como lo dice la *Biblia*, para evitar tropiezos torenescos.

Así que los de Gaza supieron que tenían al pajarraco de Sansón dentro de sus muros, atrancaron firmemente las puertas de la ciudad, y se pusieron en acecho para matarle. El juez, en tanto, es de suponer lo que haría, y después se durmió como un lirón hasta la media noche. Al primer canto del gallo se despidió de su coima, salió á la chita callando, y hallando las puertas cerradas, no se anduvo en remilgos de abrirlas, sino que cargando con ellas se las llevó por delante con pilares y cerrojos, subiéndose luego á lo alto de un monte, desde donde es lo más probable que hiciera la mamola á los espías que le habían puesto.

Otra aventura sansoniana, con la mujer correspondiente de por medio, la cual se llamaba Dalila, y habitaba en el valle de Sorec.

Enamorado de ella Sansón como un mastuerzo, la visitaba algo más de lo que el recato de su posición de juez y sus relaciones con Jehová consentían. Dalila era también filisteá, y conociendo sus amores con el juez israelita los príncipes de aquella incircuncisa nación, sobornáronla para que arrancase á Sansón el secreto en que consistía su fuerza descomunal. Dalila, en sus coloquios amorosos, pasándole la mano al juez por la encrespada y abundantísima cabelle-

ra, le dijo: «Declárame, Sansoncito, ¿en qué consiste tu gran fuerza; dime, pichoncito, cómo podrían sujetarte para darte tormento?»

Ya tengo dicho que Sansón, aunque era un bragaza, no era tonto del todo. Otra prueba concluyente de ello es que á las falsas insinuaciones de su querida contesta mentirosamente, como en verdad la artera dama merecía. —Si me atasen—la contestó,—con siete mimbres verdes, seré como cualquier otro mortal. Traen los filisteos los siete mimbres verdes, ata Dalila con ellos á Sansón, mientras dormía, y luego exclama con recia voz: —Sansón, los filisteos sobre tí. Despierta el juez y hace pedazos, como quien rompe una hebra de seda los siete mimbres verdes que le entrababan, con lo que Dalila, compungida, le reconviene, porque la engaña: prueba plena de desamor y de falsía.

Este cuento se alarga y hace pesado, pues tres veces pregunta Dalila y tres veces la engaña Sansón. A la cuarta, el pobre juez dice la verdad á la pérfida filisteá, declarándola, en plata, que la fuerza está en sus cabellos, que jamás habían sido cortados, como nazareo que era desde el vientre de su madre. Entonces, mientras dormía Sansón

Entra doña Dalilita,

Y con una tijerita

Le dejó mondo y lirondo,

según tengo leído en un periódico que no recuerdo cómo se llamaba. Grita Dalida, acuden los filisteos, despierta Sansón, trata de defenderse, pero... es en vano. Le cogen, le atan, le queman los ojos, le meten en la cárcel y hacen de él una especie de asno para moler trigo, entre las burlas y carcajadas de los chicos y las mujeres.

Lo declaro con franqueza: si algún desgraciado me inspira poca compasión, es este calzonazo de Sansón, por mentecato. ¿A quién se le ocurre meterse, como él se metía, en la boca del

lobo? ¿A quien traicionar su alta misión de elegido de Jenova por la melena, dejándosela cortar dormido sobre la falda de una mujercilla? ¿Qué diríamos de un torero de nuestros días que se dejara cortar la coleta por una chula relamida, como la señora Dalila?

Lloremos, sin embargo, por el león encadenado, expuesto á la chacota del populacho indigno, siquiera porque al morir, consecuente en barbasadas, hace una que coronó todas las anteriores.

Celebrábase, en efecto, una fiesta. Para mayor divertimento sacaron á Sansón, ciego y miserable de la cárcel, llevándole al templo. El infeliz juez suplicó al guía le pusiera entre las dos columnas en que descansaba el edificio, que debía ser cosa grande y magnífica cuando contenía en el piso alto mas de tres mil pernas. Luego que por el tacto se cercioró de que estaba en sitio mecánicamente conveniente, invocando el nombre de Jehová, le pidió su antigua fortaleza, y abrazándose á las columnas las derribó, muriendo él con todos los filisteos aplastados.

Terrible, tonta y archiespampanante historia, digna de ser en mármoles escupida, y cantada en seguidillas gitanas.

XXXIV

«Hubo un hombre del monte de Efrain, que se llamaba Michas. El cual dijo á su madre: los mil y cien siclos de plata que te fueron hurtados, por lo que tú maldecías, oyéndolo yo, hé aquí yo tengo este dinero; yo lo había hurtado. Entonces la madre dijo:—Bendito seas de Jehová, hijo mío. Y luego que él hubo vuelto á su madre los mil cien siclos de plata, su madre le dijo:—Yo he dedicado este dinero á Jehová, de mi mano para tí, hijo mío, para que hagas una imagen de talla y de fundición: ahora, pues, yo te lo devuelvo. Mas

volviendo él á su madre los dineros, tomó su madre doscientos siclos de plata, y diólos al fundidor: y él le hizo de ellos una imagen de talla y de fundición, la cual fue puesta en casa de Michas. Y tuvo este hombre Michas casa de dioses, é hizose hacer Efod, y Terafin, y fuéle por sacerdote. En estos días no habia rey en Israel: cada uno hacia como bien le parecia.»

Pido, por excepción, un poquito de seriedad al lector, y otro poquito de atención sobre el párrafo que acabo de transcribir íntegro, de los seis primeros versículos del capitulo XVII de *Los Jueces*.

Resulta que el pueblo de Israel, después de dos siglos largos de establecido en Canaan, después de conducido allí milagrosamente á través del desierto por Moisés, y gobernado también milagrosamente, por Josue y Gedeón, Jefe, Sansón y demás senores jueces y juezas de que llevo hecha mención, era una horda miserable, apaleada á turno diario por amalecitas, ammonitas, orientales, filisteos, etc., etc.; un populacho soez y grosero al punto de fundirse ídolos con dinero robado y maldecido; una taita anárquica al extremo de hacer cada cual lo que mejor le parecia. El que después de leer esto y meditarlo, vuelve la memoria al *Pentateuco*, sus milagros, sus leyes, su culto, sus ceremonias y demás menudencias, y se cree sinceramente que aquella obra y aquella legislación son anteriores a estos dislates groseros del ídolo de Michas, y que á semejantes resultados ha conducido á un pueblo la elección, protección é intervención continua de Dios, no de un Dios así como se quiera, sino del Dios *único verdadero*, se creará igualmente que un buey vuela y que la reina Maricastaña y el *Rey que Rabió* construyeron el monasterio del Escorial con piedra sacada de las montañas de la Luna. Para semejante persona todo el monte es orégano, é irle á la mano seria desviarle de sus natu-

rales inclinaciones. Con su pan se coma estas creencias, que por menos se le secó el cerebro al buen hidalgo Alonso Quijada, prototipo de crédulos, cuyas afinidades con los *creyentes* en los libros bíblicos, no han sido estudiadas todo lo escrupulosamente que á mi modo de ver debiera hacerse.

*
* *

Hallábase Michas con su Jehová en figurilla de plata, con su Efod y su Terafi, tan orondo y tan satisfecho como el sacristán viejo de mi pueblo con una virgen del Rosario, tallada en madera de cerezo, que desde un convento de franciscanos, por sus buenas artes y los decretos de Mendizábal, al portalillo de su casa había ido á parar. Empero, al ídolatra judío, le duró pocos años el contento con que presidía y explotaba el culto del monigote hecho con el dinero que robó á su madre, y que tan detestablemente empleó luego esta buena señora, que á suerte pudo contar no viviera en sus días Moisés, pues de lo contrario ya le hubiera enseñado este, con argumentos de acebo, si Dios puede ó no puede jamás ser adorado bajo ninguna forma de animal, hombre, planta, estrella, paloma, ojo ni triángulo.

La tribu de Dan, no habiendo aún recibido su parte de territorio en la tierra de Canaan, á pesar de las formales promesas del alto Jehová, cayó, espada en mano, sobre la hermosa y tranquila ciudad de Lais, que en nada había ofendido á estos vagamundos, y degollados todos sus habitantes y abrasada la ciudad, se establecieron sobre sus ruinas. Acción villana y feroz, coronada con la maldad de robar á Michas el ídolo, juntamente con el sacerdote belemita que le sacrificaba, colocando aquel en un templo de la nueva ciudad, que de su nombre llamaron Dan. He aquí, pues, no ya un hombre, ni una familia, sino toda una tribu de Israel, caída en la grosera

idolatría, inclinándose ante una vil figurilla de plata, en que consideraba representado el Dios que tan clara y fieramente prohibió á Moisés representaciones de todo género. ¿Es este el pueblo elegido? ¿El conservador de la verdad divina? ¿El solo digno de ser imitado? ¿Aquel sin cuya existencia y sin cuyas tradiciones los hombres no conociéramos á Dios?

¡Risum teneatis!

¡Dios ponga tiento en mi pluma comentadora! —Dígolo, porque tengo delante un capítulo, de que solo con la ayuda de Dios se puede salir sin tropezar en obscenidades capaces de tirar de espaldas á un cabo de vara de un presidio.

Fué el caso.....

Pero no, renuncio á los comentarios, porque ciertas cosas no se pueden decir á medias. El que quiera aprender los horrendos extremos de cinismo, de vicio, de abyección en que vivían los hijos de Dios por este tiempo, que lea el capítulo á que me refiero y que lleva por epígrafe: *horrendo insulto de los vecinos de Gabaa contra un levita y su mujer; y cómo excitó este las demás tribus á la venganza*,

Si después de leído, así como los dos siguientes, que cierran el *libro de los jueces*, aún sigue considerando *santa, moral, admirable y divina* á la *Santa Biblia*, ¿qué remedio tendrá su enfermedad?

XXXV

EL LIBRO DE RUTH

Bajo este pomposo título léese en la *Santa Biblia* un romance de los tiempos patriarcales, bastante climatérico, por cierto, que tiene tanto de moral, de santo y edificante como yo de fraile, de que no se ha conocido varón en mi casta. E imaginando que mis lectores de estas endiabladas notas habrán aprendido ya á comentar por sí

mismos, y estarán hartos de recortes de historias, leyendas y tradiciones judáicas, y deseosos de conocer alguna en su totalidad y natural crudeza, voy á regalarles enterito este cuento de Ruth, que la Biblia Sacra nos ha conservado, sin duda para á dar á conocer de cuerpo entero la más famosa y gallarda de las ilustres abuelas de Nuestro Señor Jesucristo, Redentor del mundo, uno con su Padre Celestial y el Espíritu Santo. Mas siendo tan grande mi cariño hacia mis lectores, voy á tomarme el trabajo, nada agradable por cierto, de aderezarles este sabroso plato literario judáico en estilo corriente y llano, para que le saquen todo el jugo que contiene, despojado del hueso de las repeticiones y cortaduras de los versículos bíblicos, capaces de desalentar y aburrir al más cachazudo lector.

Dice así la historia de la señora Ruth, casi copiada del original:

En los días de los jueces, como padeciese de hambre la tierra, un varon de Belen de Judá, llamado Elimelech, emigró á Moab con su mujer Noemi y dos hijos llamados Mahalon y Chelion. Muerto el padre, casaron estos con las moabitas Orfa y Ruth respectivamente, las cuales quedaron pronto viudas.

Entonces la vieja Noemi, oyendo que en Israel había pasado la escasez, determinó volverse á su país. Al emprender la marcha, Noemi rogó á sus nueras que se quedasen en su tierra natal y volvieran á casarse. Orfa, tras breve resistencia, se quedó en Moab; empero Ruth no consintió desamparar á su suegra, y con ella fué á Belén, donde llegaron al tiempo de la siega de las cebadas.

Tenía Noemi un pariente, llamado Booz, rico y poderoso, aunque ya bastante entrado en años. Ruth, procurando ganar alguna cosa, hizose espiadora, llevándola el azar á los campos de Booz, donde, confundida con los mozos y criados

del belemita, se puso á recoger las espigas que dejaban abandonadas los segadores. Al llegar Booz al campo, vió la moza, cuya gallardía le chocó, y preguntando quién era, así que se enteró de la piedad de Ruth para con su suegra, la mandó á llamar, la recomendó á los capataces y ordenó que nadie la incomodase, sino que antes bien la dejaran comer del gazpacho destinado á sus siervos.

Al volver por la noche Ruth á casa, llevando un efa de cebada y las sobras de la comida á Noemi, ésta la preguntó donde había espigado, y al contarle lo que la había sucedido con Booz, la vieja se deshizo en exclamaciones de alegría y gracias á Jehová, recomendándola que fuese siempre á espigar al campo de su pariente.

Así lo hizo Ruth. La vieja, durante los días de la siega, viendo ir y venir á su nuera al campo de Booz, concibió un proyecto trascendental para las dos, cuya posición era sumamente precaria, y llamando á la moza la dijo:

—«¿No es Booz nuestro pariente, con cuyas mozas tu has estado? He aquí, él aventa esta noche la parva de las cebadas. Te lavarás, pues, te ungirás, y vistiéndote tus vestidos, pasarás á la era; mas no te darás á conocer al varón hasta que él haya acabado de comer y beber. Y cuando él se acostare, repara tú el lugar en que él se acostará, é irás y descubrirás los piés, y te acostarás allí; y él te dirá lo que hayas de hacer»

—«Haré todo lo que me mandes,» respondió Ruth, é hizo todo lo que su suegra la había mandado.

El lector habrá conocido que lo puesto entre comillas es del texto bíblico, que me reconozco incapaz de rectificar en este punto, y continúa de esta manera:

«Y como Booz hubo comido y bebido, y su corazón estuvo contento, retiróse á dormir á un lado del montón. Entonces ella vino calladamen-

te, y descubrió los piés, y acostóse. Y aconteció que á la media noche se estremeció aquel hombre, y palpó; y he aquí la mujer que estaba acostada á sus piés. Entonces él dijo:

—Quien eres. Y ella respondió:

—Yo soy Ruth, tu sierva: extiende el borde de tu capa sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano. Y él dijo:

—Bendita seas de Jehová, hija mía; que has hecho mejor tu postrera gracia que la primera, no yendo trás los muchachos, sean pobres ó ricos. Ahora, pues, no temas, hija mía: yo haré contigo lo que tú dijeres... Reposa, pues, hasta la mañana.»

«Y después que reposó á sus piés hasta la mañana, levantóse antes que nadie pudiese conocer á otro.» Y él dijo:

—«No se sepa que haya venido mujer á la era. Después dijo á ella:—llega el lienzo que traes sobre tí y ten de él. Y teniéndolo ella, él midió seis medidas de cebada, y púsosela á cuestras, y vino-se ella á la ciudad.»

Contó Ruth lo pasado en la era, á Noemi y la entregó la cebada que la habían regalado. La vieja la aconsejó que se estuviera quieta, esperando la resolución de Booz, que, teniendo prisa por casarse con Ruth, cumplió el rito israelita de pedir en público se casase con la joven viuda el pariente más cercano. Este no quiso hacerlo. Tiró Booz un zapato al aire, señal de que el trato y su matrimonio con Ruth quedaban celebrados, y de él nació Obed, padre de Isai y abuelo del pastor David, después rey, del cual á su vez descende José, esposo de María Santísima, pero no padre natural de Nuestro Señor Jesucristo, hijo de David, sin embargo, cuya filiación con Ruth queda perfectamente en esta historia demostrada.

Y cumpliendo mi palabra de no comentar, dejo á la buena imaginación de mis lectores ancho

campo donde espaciarse, poniendo punto á esta nota morrocotuda.

XXXVI

LIBRO PRIMERO DE SAMUEL

Dos libros hay en la *Santa Biblia* que llevan el nombre de *Samuel* al frente, no porque este Samuel los escribiera, ni porque de solo las cosas de este juez se ocupen, sino *porque sí*, que es la razón suprema de la *Biblia*..

Tratan estos dos libros: primero, del juez Samuel; segundo, del cambio de gobierno que en sus días se verificó en Israel, que se constituyó en una monarquía; tercero, del reinado de Saul; cuarto, de las luchas de éste con David, y quinto, del reinado de este famoso personaje, que es la principal figura de la Biblia, después de Moisés.

Estos diversos sucesos, interesantísimos para la historia particular del pueblo judío, así como estos personajes, insignificantes en la historia de la humanidad, debieran tenernos perfectamente sin cuidado; pero la fortuna ciega de un lado, y la locura humana por otro, les han dado una celebridad y una autoridad que inspiran lástima unas veces y risa otras al que detenida y desapasionadamente los estudia.

Compréndese la celebridad de los poemas griegos y latinos, de las historias que nos refieren sucesos de trascendencia universal de los hombres que, como Alejandro, César, Carlomagno, etc., ejecutaron sorprendentes hazañas; pero causa tedio é inspira dolor la fama universal de un juececillo israelita como Samuel, de un ganapán trasformado en rey, como Saul, ó de un audaz pastor subido á candillo de un pueblecillo insignificante, como David.

Empero, todo tiene su explicación en el mundo: ¡hasta esto!—Y esta explicación es clara,

evidente, como un axioma matemático. Dios, el Dios de los cristianos, Cristo, descendiendo por línea recta de David, hizo célebre á éste, á su pueblo y á su tiempo. ¡Pues no faltaría más sino que Dios no ennobleciera á sus progenitores, cuando un *quidan*, á quien un rey moderno hace marqués, borra las manchas de vino que ensuciaron a sus abuelos taberneros.

Por supuesto que estos libros, como los anteriores que van comentados, no se sabe quien los escribió. Mas esto no hace al caso. Los católicos saben que están *inspirados* por el Espíritu Santo, que no ha de llevar á nadie á los tribunales por injuria y calumnia literarias, y esto nos debe bastar para escudriñarlos, tratando de sacar á luz la belleza y sabiduría que contienen.

* *

Samuel, como la mayor parte de los grandes hombres de Israel, nace *con intervención* de Jehová, punto sobre que llamo poderosamente la atención del lector discreto, pues demuestra que los judíos eran aficionadísimos á hacer nacer sus héroes de mujeres estériles, y de nacer un niño famoso de una estéril, á nacer de una virgen, no hay más que una gradación, un paso, cantidad de milagro ó intervención divina.

Isaac, en efecto, nació de Sara, la estéril, cuando ya había perdido la costumbre de las mujeres. Jacob nació de Raquel, estéril también, hasta que Jehová abrió su matriz. Sansón vino al mundo después de la visita de un ángel á su madre, hasta entonces estéril. Con Samuel pasados cuartos de lo mismo. Véase cómo:

Elcana, efraimita, tenía dos mujeres, Penina, fecunda, y Ana, estéril. La fecunda zahería á la estéril, á quien Elcana distinguía y consolaba con su amor. Subían estas gentes todos los años á Silo, donde posaba el arca de la alianza y vivían los sacerdotes. Aquellos días de fiesta para

todos lo eran de dolor para Ana, que deseaba un hijo. Llena de fé, cierto año entró en el templo y posternándose ante el altar, con abundantes lágrimas y exagaradas contorsiones oró á Jehová en demanda de un hijo, prometiendo dedicársele si la atendía. El sacerdote Eli, que la observaba, la tomó por borracha, y la reprendió agriamente; mas la mujer le puso en autos de lo que hacía, y Eli la despidió deseándola que Dios le concediese lo que le pedía.

Y así fue. Al año tuvo un hijo, que llamó Samuel, y llevó á Eli á Silo tan pronto como le destetó.

A esta concepción, que ocupa el capítulo primero, sigue un cántico de Ana, con que comienza el segundo, en el cual se dice que Jehová da la vida y la quita, empobrece y enriquece, y alza del estiercol á los menesterosos para ponerlos entre los príncipes, cosas todas que me parece podía ahorarse el buen señor, naciéndonos á todos príncipes y dándonos para siempre vida y riquezas, con lo cual viviría perfectamente descansado y nos tendría á todos más contentos que unas castañuelas.

Samuel, pues, desde chiquitín anduvo alrededor del altar, que es como si dijéramos que empezó su carrera desde monaguillo.

Ahora sigue un cuadro admirable de costumbres sacerdotales, que quiero transcribir íntegro para satisfacción de mi conciencia librepensadora, y en prueba de que todo varía en la tierra, menos lo divino, ó sea lo sacerdotal. Atención, lector, que vas á leer algo que te parecerá haber visto hace pocos meses, y sucedía sin embargo hace ya tres mil años.

«Era la costumbre de los sacerdotes con el pueblo que, cuando alguno ofrecía sacrificio, venía el criado del sacerdote, mientras la carne estaba á cocer, trayendo en su mano un garfio de tres ganchos, y hería con él en la caldera, ó

»en la olla, ó en el caldero, ó en el pote; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían á todo Israel que venía á Silo.

»Y así mismo antes de quemar el sebo, venía el criado del sacerdote y decía al que sacrificaba: Da carne que ase para el sacerdote; porque no tomará de tí carne cocida sino cruda. Y si le respondía el varón: Quemén el sebo hoy, y después toma tanta como quisieres, él respondía: No, si no ahora la has de dar: De otra manera yo la tomaré por fuerza.»

Yo quisiera que estas líneas se grabasen en mármoles y en bronces, para escarmiento de tontos. *Si no me das la carne, yo la tomaré por fuerza*, decía el sacerdote judío al bobo israelita que iba á Silo á ponerse á buenas con el alto Jehová, por el intermediario indispensable del consagrado sacerdote. ¿Y qué vienen á decir ciertos curas trabucaires de nuestros días? Dame mi ración en buena moneda contante, ó en sendos billetes de banco, pueblo español; si no yo me iré con mi trabuco á Monte Jurra y *la tomaré por fuerza*.

El que después de esto niegue las leyes de Darwin, de que por la herencia se transmiten las cualidades del tipo, y por la selección se perfeccionan en ciertos individuos, sería capaz de negar hasta el saludo á un cura de *misa y olla*, que son dos hipóstasis teológicas, completamente indivisibles, hasta el punto de que negada la olla, faltaría la misa, lo mismo en los tiempos de Samuel que en estos de Pidal.

Eli, sacerdote á quien Samuel servía de monaguillo, tenía dos hijos, que eran dos buenas piezas sacerdotales, de la estirpe que tanto abunda en nuestros días y en cuyos célebres manejos encajaría como de molde el siguiente versículo bíblico, que es el XXII del capítulo II de este primer libro de Samuel.

«Eli, empero, era muy viejo, y oyó todo lo que sus hijos hacían á todo Israel, y como dormían con las mujeres que velaban á la puerta del tabernáculo.»

Al llegar aquí, hago punto, asombrado de la imbecilidad israelita, que después de dejarse sacar las tajadas del caldero para los sacerdotes, aún dejaba *velar* á sus hijas y mujeres el *tabernáculo*.

¡No estaba mala la vela!

XXXVII

Samuel reprendió á sus hijos, mas ellos hicieron el mismo caso de las admoniciones del viejo que de las coplas de Calainos, é hicieron bien porque en los designios del alto Jehová ya estaban inapelablemente condenados, y ellos se echarían la cuenta aquella de *perdido por mil, perdido por mil y quinientos*, siguiendo en sus trece de sacar con garfios las tajadas del caldero y en sus catorce de requebrar de amores, y no platónicamente, á las veladoras del tabernáculo.

Jehová en esta ocasión habló por boca de un desconocido, que se acercó á Eli para anunciarle un porrillo de catástrofes que le habían de venir encima, El pobre Eli oyó al vidente resignado, y esperó en calma los acontecimientos. No puedo menos de sorprenderme de que Jehová, teniendo un sacerdote consagrado como Eli, se revelase á un *quidam*, sin nombre ni cédula de vecindad bíblica.

Y dando en la flor de revelarse, se reveló hasta al monaguillo Samuel, que pasó las de Cain antes de apercibirse del honor que le hacía el fabricante del mundo en siete días. Véase íntegro este pasaje joco-serio amodorrante:

«Y aconteció un día (*bella manera de fijar el tiempo!*) que estando Eli acostado en su aposento, cuando sus ojos comenzaban ya á obs-